

Tres veces la vuelta al mundo

Fray Martín Ignacio de Loyola, escritor, Misionero de China y Obispo del Paraguay y Del Plata

por

Fr. Ignacio Omaechevarria, O. F. M.

La Exposición Misional Diocesana de Vitoria ha sacado al primer plano de la actualidad no pocas ilustres figuras vascas, injustamente olvidadas y prácticamente desconocidas. Al verlas representadas en los gráficos o enumeradas en las listas, se siente necesidad de saber más detalles de sus actividades y de conocer los documentos que de ellos nos hablan.

Los aficionados a temas misioneros celebran este año el centenario del nacimiento de Fr. Luis Bolaños (1550), primer creador de las reducciones del Paraguay. El Padre Bolaños no fué vascongado, sino andaluz. Pero en torno a la figura de Bolaños pueden recordarse no pocos nombres de apóstoles de nuestra tierra que evangelizaron a los indios de aquellas latitudes. Al área de las Misiones jesuíticas del Paraguay pertenecen, por ejemplo, los Padres Julián de Lizardi, S. J., y Francisco de Ugalde, S. J., aunque fueron martirizados, no por los guaraníes, sino por los chiriguano y mataguayos, respectivamente.

Nosotros trataremos de ilustrar la figura de un franciscano eibarés, sobrino de San Ignacio de Loyola, que fué nombrado Obispo de la Asunción, en el Paraguay, precisamente mientras el Padre Bolaños llevaba a su apogeo, de 1580 a 1620, las famosas reducciones guaraníicas. El Obispo se llamó Fr. Martín Ignacio de Loyola. No nos consta que en vida trataran en común de los asuntos de los indios guaraníes de su jurisdicción el Obispo y el misionero; pero sabemos que los dos fueron a morir a Buenos Aires, el Obispo en 1612 y el misionero en 1629.

* * *

Martín Ignacio de Loyola, natural de Eibar, tomó el hábito franciscano en la provincia de Santiago, pasando después a la de San José de los Descalzos. Por entonces, la provincia de San José,

fruto de los fervores místicos de San Pedro de Alcántara, comenzaba a soñar en las Misiones. De su seno iba a salir pronto una nueva provincia, la de San Gregorio de Filipinas, como prueba palpable de la fecundidad sobrenatural de la reforma alcantarina. En la vida penitente y contemplativa de Arenas de San Pedro, se gestaba la gran epopeya misionera de Filipinas, Japón, China e Indochina...

Fray Martín Ignacio de Loyola fué inscrito en los registros de la Casa de Contratación de Sevilla, con otros dieciseis franciscanos destinados a Filipinas, bajo las órdenes de Fray Pedro del Monte, el 12 de mayo de 1580; pero no pudo embarcar aquel año. Era a la sazón morador del Convento de Fontiveros. Finalmente fué inscrito de nuevo el 13 de junio de 1581, festividad de San Antonio de Padua, para salir de Sanlúcar de Barrameda formando parte de una expedición de 31 franciscanos conducidos por Fr. Miguel de Talavera (1). En 1582, el fervoroso eibarrés está ya en Filipinas.

Suspirando por penetrar en China

El Celeste Imperio constituía entonces el blanco más codiciado de todos los anhelos misioneros. Fr. Juan de Zumárraga, el primer Obispo y Arzobispo de México, había renunciado a su mitra y llevado a cabo secretamente todos los preparativos necesarios para conseguir del Papa la licencia de ir a China como simple misionero. San Francisco Javier, un poco más tarde, murió en las playas de Sanchón, con la mirada puesta en el lejano horizonte por la parte de China... Jesuitas, dominicos, agustinos, franciscanos, hicieron varias tentativas sin éxito hasta 1582. Conviene que recordemos aquí el intento de Fr. Pedro de Alfaro, que tiene relación inmediata con la historia de Fr. Martín Ignacio de Loyola.

Fué el 19 de junio de 1579, cuando la pequeña partida de heroicos Franciscanos desembarcó en Cantón, después de treinta días de azarosa navegación desde Manila. Eran los padres Fr. Pedro de Alfaro, Fr. Agustín de Tordesillas, Fr. Juan Bautista Lucarelli de Pésaro y Fr. Sebastián de Baeza, acompañados de los marinos Francisco Dueñas y Juan Díaz Pardo, ambos Terciarios franciscanos. (El capitán Díaz Pardo sería más tarde fraile de la Primera Orden conocido con el nombre de Fr. Juan Pobre, célebre como primer franciscano que pisó tierra del Japón). Fr. Pedro de Alfaro tomaba posesión de China para Cristo, celebrando en Cantón una misa solemne el 24 de junio, festividad de San Juan Bautista. Las

(1) Véanse los documentos del AGI reproducidos en AIA, V, 83 y 91.

Misiones comenzaban, al parecer, con buen augurio. Pero no podía faltar la oposición del demonio en una empresa tan peligrosa para su reino. Cundió la alarma entre los mercaderes portugueses de Macao, los cuales insinuaron a los chinos que convenía desterrar a los frailes, pues era posible que sirvieran de espías a los españoles de Filipinas. Fueron, pues, encarcelados los misioneros, para ser devueltos a Manila después de cincuenta días de sufrimientos y privaciones en la prisión, a consecuencia de los cuales dió su vida al Creador, Fr. Sebastián de Baeza.

Fray Agustín de Tordesillas partió para Manila el 8 de noviembre; pero los padres Alfaro y Lucarelli, que no querían abandonar una empresa señalada ya por la muerte de una víctima escogida, decidieron pasar a Macao en espera de nuevas oportunidades. Entre contradicciones de toda suerte, fundaron un convento y una iglesia dedicada a Nuestra Señora de los Angeles, convirtieron a la fe católica a varios infieles y admitieron al hábito a cinco jóvenes de la nobleza portuguesa de aquella colonia. Con los éxitos de los frailes, creció la alarma de los émulos. Fray Pedro de Alfaro creyó conveniente resolver el conflicto presentándose personalmente ante el Virrey y ante el Arzobispo de Goa. Era la ocasión preparada por la Providencia para que una víctima más se sacrificara por aquellas Misiones. En un naufragio que ocurrió en las costas de Cochinchina, las olas se llevaron al heroico Fr. Pedro de Alfaro, cuyo cadáver, milagrosamente, fué hallado en la playa, de rodillas, con las manos juntas y con la mirada en el cielo. Así quería Dios asegurar los cimientos del apostolado franciscano en el Extremo Oriente. Fué en julio de 1580.

Fray Juan Bautista Lucarelli, perseguido, despreciado, llevado a Malaca y vuelto de nuevo a Macao (gracias a la intervención de Arias González de Miranda, nuevo Capitán Mayor de la Colonia, que era amigo de los españoles y particularmente de los religiosos), fundó allí un seminario indígena de catequistas o colegio apostólico, a base de unos veinte jóvenes de distintos países, de China, Japón e Indochina, con los cuales se perfeccionó en el chino, al mismo tiempo que los educaba y entrenaba para que, convenientemente preparados, evangelizaran luego sus respectivas naciones. Era una especie de Colegio Internacional de Propaganda Fide, que abría amplios horizontes, pero que no pudo prosperar por la encarnizada oposición de tantos y tan poderosos enemigos... (2). Los portugueses temían perder su monopolio comercial con China.

(2) Para todos estos sucesos véase Otto Maas, *Die Wiederöffnung*; Lemmens, *Geschichte*; Wingaert *Sinica Franciscana*, II, XXXIII ss; Lorenzo Pérez, *Origen de las Mis. Franciscanas en el Extremo Oriente*, en AIA, II, V, VII, passim; Miggenes, en *Analecta Franciscana*, I, etc.

Primer Custodio de Macao-Malaca

Así estaban las cosas cuando Fr. Martín Ignacio de Loyola desembarcó en las costas de Fukien con otros seis franciscanos a las órdenes de Fr. Jerónimo de Burgos. Fué el 28 de junio de 1582. El Padre Loyola, en su *Itinerario*, cuenta con emocionante dramatismo cómo fueron recibidos por los chinos a arcabuzazos y cuánto sufrieron durante su prisión y andanzas por diferentes ciudades del Imperio, y cómo más de una vez estuvieron persuadidos de que los llevaban a matar, por lo cual uno de los dos soldados, "de los que iban con el designio de ser religiosos y llevaban ya el hábito vestido, hallándose con mil seiscientos reales, los echó a la mar diciendo: que, pues iba a morir, quería que fuese con el hábito de San Francisco y en la pobreza que el glorioso santo vivió y murió" (3).

Hubo una víctima también en esta ocasión: Fr. Antonio de Villanueva, que murió en Cantón a consecuencia de tanto sufrimiento. A los demás, sólo la diplomacia y habilidad oportuna de Arias González de Miranda, Capitán Mayor de Macao, los libró de una muerte segura, después que estaba dada la sentencia...

Los supervivientes, llegados a Macao, se encontraron con Fray Juan Bautista Lucarelli y con su Colegio Apostólico, que todavía funcionaba con éxito. Había asimismo buenas noticias respecto a otro pequeño convento que el Padre Lucarelli había fundado en Malaca con el título de Santa María de los Angeles, al ser llevado allí por la envidia de sus émulo. El refuerzo que ahora llegaba para los dos conventos, era notable. Hubo entonces personas que aconsejaron a los frailes que convenía formaran Custodia independiente, eximiéndose de la jurisdicción de la de San Gregorio de Filipinas, si querían conservar y aumentar sus fundaciones sin suscitar el recelo de los portugueses. Y, aviniéndose los frailes a la propuesta, que creían desinteresada, se constituyó la Custodia de Macao-Malaca, con dos conventos, ambos de la advocación de Santa María de los Angeles. Se echaban por tierra los planes de la Provincia, —entonces Custodia— de San Gregorio, que forcejaba por abrir una puerta para las Misiones de China; pero había

(3) Tenemos tres versiones del *Itinerario* de Fr. Martín Ignacio de Loyola: la del Padre Mendoza, la de Wingaert y la de Lorenzo Pérez. Las tres proceden del Padre González de Mendoza, sin que por ahora se pueda conocer el texto primitivo y original del autor. Wingaert reedita los capítulos de la edición hecha en Roma por Mendoza en 1585. Pérez sigue en general el manuscrito de la Real Academia de Historia que ofrece algunas variantes. Nosotros seguimos generalmente al P. Pérez.

que sacrificar los propios proyectos en aras de los intereses de la predicación evangélica, que parecía poder fomentarse mejor por este camino. Se nombró por primer Custodio al P. Fr. Martín Ignacio de Loyola, y, con el parecer de éste, a Fr. Jerónimo de Aguilar, guardian del convento de Macao y a Fr. Juan Bautista Lucarelli, del de Malaca, hasta que los Prelados de Filipinas o de España dispusieran otra cosa.

Aquí nos sale al encuentro la relación del padre Loyola, que tanto nos gustaría citar textualmente; pero nos limitaremos a narrar brevemente los hechos, dejando a los "hombres de buena voluntad" el placer de leer con todos los detalles en su original todas las incidencias del viaje y particularmente la narración de los prodigiosos resultados conseguidos por los franciscanos en la "novela" apostólica de la evangelización de Ceilán.

Los padres Loyola y Lucarelli embarcaron en Macao con rumbo a Malaca, el 31 de diciembre de 1582. Navegaban en una nave china, haciendo la travesía con los embajadores japoneses que el padre Alejandro Valignani, S. J., mandaba a Roma, aunque en embarcaciones distintas. El nuevo Custodio tenía que enfrentarse con una situación difícil. Llegaron a Malaca el 27 de enero de 1583, pero no pudieron detenerse en la población a causa de las dificultades que les oponían las autoridades portuguesas de la colonia, por lo que decidieron continuar su ruta hasta Lisboa. Al llegar a Ceilán, pasando por las Nicobaras, tuvieron el 21 de marzo un encuentro con trece fustas de moros que les atacaban. Pasado el susto, hallaron en la isla muchos motivos de satisfacción, al comprobar cómo los franciscanos habían introducido allí la fe, "bautizando en pocos días más de cincuenta mil almas, que daban muestras de haber recibido muy de buena gana la ley evangélica; y habían edificado muchas iglesias y catorce monasterios de la propia religión" (4). Continuaron su ruta por el golfo de Manaar para llegar al reino de Tuticorin y celebrar la Pascua en Manapar, el 31 de marzo. Pasaron por tierra el cabo de Comorín, para embarcar de nuevo y llegar el 7 de abril a Cochín, donde se detuvieron seis meses; al cabo de los cuales se dirigieron a Goa, pasando por Tanaor, Calipur y Cananor. Después de haber predicado el padre Lucarelli el Adviento, en Goa, zarparon de esta ciudad en enero de 1584 para llegar a Lisboa en agosto, tras un recorrido

(4) Sobre las Misiones franciscanas en Ceilán puede verse, además del *Itinerario*, Lemmens, *Geschichte*; Civezza, *Storia*; Gonzaga, *Chronica*; y diversas cartas de San Francisco Xavier. El Padre Lorenzo Pérez cita además un texto inédito del Hermano Calama, Teatino, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional (Cfr. AIA, II, 221²).

interesantísimo, durante el cual conocieron las islas Malvidas y Madagascar, costearon el África, rodeándola por el lado de Buena Esperanza, e hicieron escala en las islas de Santa Elena, Santo Tomé, Cabo Verde y Canarias (5).

Fr. Martín Ignacio de Loyola acababa de dar su primera vuelta al mundo. Hacía tres años que había zarpado de Sanlúcar de Barrameda en junio de 1581, cruzando el Atlántico con rumbo a México. Arribaba a Portugal, después de atravesar el Pacífico y el Mar de la India y las aguas africanas en agosto de 1584. Escribió durante la travesía un magnífico *Itinerario* de las cosas vistas y observadas por él en sus andanzas, que Fr. Juan González de Mendoza, O. S. A., con quien se encontró en la Ciudad Eterna, se apresuró a copiar y a dar a luz en Roma en 1585. Ha habido quien ha dicho que él fué el primero de todos en dar la vuelta al mundo: "qui primus omnium cum suis sociis totius terrae gyrum per circumnavigationem fecit" (6).

No olvidemos que en esta empresa fué precedido por el guetariano Juan Sebastián Elcano; si bien es cierto que el *Itinerario* del Franciscano eibarrés, escrito desde un punto de vista misionero, completa con noticias nuevas y originales el periplo geográfico del navegante guetariarra.

Inspirador de la vocación misionera del Carmelo

La gesta de Fr. Martín Ignacio de Loyola llamó poderosamente la atención de los contemporáneos y su *Itinerario* y su celo apostólico suscitaron no pocas vocaciones misioneras. Nos fijaremos particularmente en los Carmelitas Descalzos, cuya actitud frente a las Misiones se estaba decidiendo precisamente en aquellos momentos.

Ya se sabe que el P. Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, tan admirado y venerado de Santa Teresa, que le consideraba, junto a San Juan de la Cruz, como piedra angular de la Reforma Carmelitana, era partidario de las Misiones. Pues bien: el P. Gracián publicó en Lisboa, una obra titulada *Estímulo de la Propagación de la Fe y vínculo de hermandad entre los Padres Descalzos del Carmen y de San Francisco*, que pronto volvió a salir, en segunda edi-

(5) Véase Mendoza, *Historia*, passim. Wingaert se limita a China y Lorenzo Pérez se contenta con dar un resumen. Es interesante consultar también Valignani en los lugares citados por Pérez, AIA, II, 220 ss.

(6) Nota de los editores de la relación de Miggenes en *Analecta Franciscana*, I, 262^a.

ción, con el título de *Celo de la Propagación de la Fe* (7). Y el Padre Gracián dice en su obra. "Con este mismo celo el año 85 (mientras Fr. Martín Ignacio preparaba su regreso a China desde Lisboa, en 1585), hice una hermandad, vínculo o liga espiritual entre nuestra Religión de Carmelitas Descalzos, firmando mis compañeros y yo de la una parte, y de la otra el P. Fr. Martín Ignacio de Loyola, Comisario de la China, y sus compañeros, moviéndonos mucho las nuevas que nos dió el Padre Fr. Juan Bautista de Pésaro (Lucarelli), compañero del mismo Fr. Martín Ignacio, de las *muchas almas que se bautizaron* cuando él pasó de Manila a la China, en compañía del Padre Fr. Pedro de Alfaro, Custodio de aquella Orden en las Filipinas, y las muchas que se bautizarían, si hubiese ministros del Evangelio. Y para animar a los Religiosos de estas dos Ordenes de Descalzos al celo de la Propagación de la Fe, escribí e hice imprimir el año 86 este tratado y exhortación (es decir, la primera edición que llevaba por título *Estímulo de la Propagación de la Fe, etcétera...*").

El Franciscano eibarrés ocupa, pues, un lugar destacadísimo en los orígenes de la vocación misionera del Carmelo Descalzo. Junto al "fraile francisco Fr. Alonso Maldonado, harto siervo de Dios", que visitando a Santa Teresa al volver de las Indias, le habló "de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina" y encendió en su generoso pecho aquella incontenible chispa de celo por la dilatación de la Iglesia, hay que mencionar también al Custodio de China Fr. Martín Ignacio de Loyola, con quien hizo hermandad el Padre Gracián después de haber enviado en 1582 la primera expedición misionera del Carmelo al Congo (8).

El Padre Gracián alude más de una vez en su obra al *Itinerario* del Padre Loyola. De una visión del "Padre Fr. Martín de Valencia, de la Orden del Seráfico Padre San Francisco", según la cual "se habían de convertir y ser grandes contemplativos y cristianos" unos indios que había por la parte poniente de México, da la interpretación siguiente: Puede ser que de esta revelación y profecía se entienda de los de la China que después se descubrieron; pero bien podemos también declararla de la innumerable multitud de indios que se ha descubierto de poco acá hacia la parte que llaman del Nuevo México. De los cuales escribe Fr. Martín Ignacio de Lo-

(7) La *Biblioteca Mística Carmelitana* (Tipografía Monte Carmelo, Burgos, 1933) no menciona el *Estímulo*, citado por Streit, sino que en su lugar trae *Celo de la Propagación de la Fe*, que puede verse en el volumen 17 de la colección citada.

(8) Para los detalles de la entrevista de Fr. Alonso Maldonado y Santa Teresa, cfr. *Fundaciones*, cap. 1, nos. 7-8.

yola en su *Itinerario* y dice ser gran cantidad de reinos y provincias muy pobladas de gente discreta, avisada y política, muy aparejada para recibir la fe, si hubiera quien se la predicase”.

Y con claridad meridiana nos demuestra el Carmelita hasta qué punto él y Fr. Martín Ignacio y sus compañeros anhelaban el martirio, conforme a los ejemplos de San Francisco y la doctrina de San Buenaventura, al escribir que “cuando Dios fabricó la Iglesia Católica, hizo la mezcla para asentar las piedras con su sangre derramada en la cruz, y fué creciendo el edificio con la sangre que los apóstoles y los mártires derramaron por El; y el glorioso San Francisco fundó la religión con la sangre de sus compañeros que pasaron al Soldán de Marruecos; y así conviene que se reforme y perfeccione con la sangre de los que *ahora pasaren a la China e Islas Filipinas...* Y no hay para qué detenerme en dar luz de cuánto importa desear el martirio por la conversión de un alma, pues con este deseo llegó a tan alta cumbre de perfección el glorioso San Antonio de Padua, natural de *esta ciudad de Lisboa*, que en toda Italia es llamado por excelencia el Santo...” (9).

La segunda vuelta

Fr. Martín Ignacio, que no podía olvidar las Misiones del Extremo Oriente, de las que era Custodio, trató primero el asunto en el Consejo de Indias de España, pasando inmediatamente a Roma, a donde llegó el 24 de noviembre, para entrevistarse con el Sumo Pontífice y con el Ministro General de la Orden Fr. Francisco de Gonzaga. Iba acompañado de Mar Simeón, Obispo de la Isla de la Pimienta, que estaba en litigio con Mar Abraham, Arzobispo de Granganore. Mas dejemos a los Obispos malabares, para proseguir nuestro relato. El Custodio de China consiguió del Papa Gregorio XIII una bendición amplia y una Bula, *Exposuisti nobis*, datada el 8 de diciembre de 1584 (10). El Consejo de Indias, vistas las facultades que traía de Roma, expidió las oportunas licencias para que Fr. Martín Ignacio volviera a China con veinte Misioneros por

(9) Véase *Misiones Franciscanas*, 1944, 241-243 y 265-272.

(10) Véase el texto de la Bula en Wadding, *Annales*, ad a. 1584; y en AIA, V, 399. En cuanto a la fecha de regreso, hay divergencias entre Valignani y Melchiorri, pues, según el primero, la nueva expedición salió de Lisboa en 1586, mientras que, según Wadding Melchiorri, seguido por Wingaert y otros, fué en 1585. Nos adherimos a las indicaciones de Melchiorri.

Creemos que sería interesante un estudio detenido de todas las gestiones hechas y de todas las facultades conseguidas por Fr. Martín Ignacio en Roma y en España. ¿No habrá documentación inédita en los Archivos de Propaganda y en el Archivo General de Indias de Sevilla?

la vía de Portugal. Y tan diligente fué el citado Custodio en coleccionar los veinte Misioneros, que ya en marzo de 1585 pudo salir con ellos de Lisboa, arribando a Malaca el 15 de diciembre.

Tan pronto como pudo, luchando contra las poderosas intrigas de quienes pretendían que no convenía mandar a China tantos Religiosos, se presentó con dos de sus frailes en Cantón y entregó a los mandarines un memorial, en que les pedía licencia para predicar el Evangelio en el interior del Imperio. Ocurrió lo que normalmente podía temerse. El recelo natural de los chinos, agudizado por las malévolas insinuaciones de los portugueses, hizo que los frailes fueran injuriados, apaleados, maltratados de mil maneras y puestos en prisiones. Fr. Martín Ignacio, que no escarmentaba, nuevamente se vió en trance de ser ajusticiado por las autoridades chinas; pero nuevamente logró también salir con vida gracias a los portugueses, que lo libraron con la condición de que regresara a Macao y no pretendiese volver a entrar en China. En estas circunstancias escribió, juntamente con Fr. Francisco Manrique, Prior y Vicario Provincial de la Orden de San Agustín, una carta dirigida al rey de España y fechada en Macao el 6 de julio de 1587, sobre el problema de las Misiones de China (11). La iba a llevar el mismo Fr. Martín Ignacio, yendo a España, por la vía de México.

La oportunidad para la travesía se presentó el 12 de julio del siguiente año de 1588. El General Pedro de Unamuno, que tenía que hacer una navegación de descubrimiento por el Pacífico, con la fragata *Nuestra Señora de Buena Esperanza*, admitió a bordo muy complacido al Custodio de China y a los Franciscanos que le acompañaban (12).

(11) Véase la carta en AIA, 408 ss y en Wingaert, SF, II, 210-212. Para los sucesos anteriores, cfr. AIA, II, 224 ss., donde se citan textos del Padre Valignani y otros.

(12) Del Capitán o General Pedro de Unamuno hablan dos documentos del *Índice de la Colección Navarrete*, Madrid 1946. Son los señalados con los números 2.389 y 2.390. El primero es una *carta de Jerónimo Pereyra, Capitán Mayor de Macao, al Virrey de Nueva España, de fecha del 10 de julio de 1587, sobre el suceso del General Pedro de Unamuno, que con una nao y fragata partió de Manila a un descubrimiento*. (Hay una nota de los editores que dice que, si bien el documento alude a China, en realidad trata de California). El segundo documento trata de la *Relación del viaje y navegación que hizo el Capitán Pedro de Unamuno desde el 12 de julio de 1587, que salió de la Isla Macarera, que está una legua al Sur de la ciudad de Macao, en la fragata nombrada Nuestra Señora de la Buena Esperanza, hasta el 22 de noviembre siguiente, que entró en el puerto de Acapulco de la Nueva España, y lo que más le sucedió en las costas de California, en su recalada y mansión que hizo en ella*. Ambos documentos, que están copiados de los originales existentes en el AGI de Sevilla, los publicó el Padre

Este General vizcaíno, que había salido de Manila con una nao y una fragata y varios oficiales a hacer sus descubrimientos, fué primero preso en Macao y luego se le quitaron, por orden del gobernador de Manila don Santiago de Vera, la nao y la fragata. Parecía, pues, frustrada la empresa, sobre todo desde que Juan de Argumedo, comisionado por el gobernador dicho, se presentó en Macao con una severa requisitoria y se llevó consigo a Manila las embarcaciones de Unamuno. Había, por lo visto, personas interesadas en impedir que el navegante vizcaíno realizara algún importante descubrimiento...

Pero estando así las cosas, fué nombrado Capitán Mayor de Macao don Jerónimo Pereira, que llegó de la India en 1586. Recuérdese que a la sazón, estando unidas las coronas de España y Portugal, era, por lo mismo, más aguda la rivalidad de portugueses y españoles en aquellos mares. Don Jerónimo, hallando en prisiones a Unamuno y a sus oficiales, encarcelados por su predecesor, quiso enterarse de la causa; y, comprobando que eran inocentes, trató de ponerlos en libertad y rehabilitarlos en seguida. Y Unamuno, con el favor del nuevo Capitán Mayor, pudo comprar una fragata, la *Nuestra Señora de Buena Esperanza*, que se puso a la venta, y rehacer libremente los preparativos para continuar su expedición por aguas del Pacífico.

Por parte de don Jerónimo todo estaba arreglado antes del 10 de julio de 1587. En esa fecha escribe al Virrey de Nueva España una carta en que explica su proceder: "Yo le favorecí —dice, refiriéndose a Unamuno— en todo por ver el buen intento y celo que lleva para el servicio de Su Majestad. V. E. le favorezca y ampare, porque la culpa que le ponen en Manila no es ninguna...

Lorenzo Pérez en AIA, VII, 88 ss. Pero Pérez nos advierte que la relación de Unamuno carece de fecha, diciéndose sólo que la navegación se hizo del 12 de julio al 22 de noviembre, mientras que el *Índice* precisa que fué desde el 12 de julio de 1587 al 22 de noviembre del año siguiente. A la hipótesis del *Índice*, que señala el año 1587, preferimos la opinión de Pérez, según la cual el Padre Loyola no salió de la Macarera hasta el 12 de julio de 1588. «El Padre Fr. Martín Ignacio, Descalzo, que vino ahora de España —dice el Padre Manrique, O. S. A., en una carta del 1 de marzo de 1588— está en Cantón con dos compañeros». (Cit. AIA, V, 409). Tampoco el contexto de la Relación da motivo para suponer que la travesía (que solía hacerse en cinco o seis meses) durara año y medio. No nos consta de dónde fué natural el Capitán Unamuno (llamado siempre Unamunu en la transcripción del Padre Pérez); pero sabemos que este apellido abunda en Durango y alrededores. De Durango fué, por ejemplo, el siervo de Dios Franciscano, muerto en olor de santidad, Fr. Juan de las Animas Unamuno. Y de Durango procedían asimismo nuestro célebre don Miguel de Unamuno y su familia.

Los papeles van todos en la mano del Padre Fr. Martín Ignacio, que Su Majestad mandó a estas partes de la China..."

Podría creerse que la marcha estaba ya preparada en julio de 1587, pues la carta de Pereira dice que, porque "se ofreció aquí venderse una fragata, [Unamuno] se embarcó en ella con los compañeros que le quedaban, *en la cual va a hacer el descubrimiento*". Pero lo cierto es que no se salió del puerto de Macao o, mejor, de la Macarera hasta el 12 de julio del año siguiente. Era la etapa más importante de la segunda vuelta al mundo de Fr. Martín Ignacio de Loyola.

Mientras se ultimaban los preparativos, Fr. Martín Ignacio pudo hacer todavía otra visita a Cantón, donde se encontraba en marzo de 1588 y donde ya había estado en 1585, teniendo una "casa para su recogimiento" y para decir misa, según testimonio del Padre Manrique, O. S. A. Y finalmente, llevando la carta del Padre Manrique y otros papeles para Su Majestad, que el Capitán Mayor de Macao puso "en la mano del Padre Fr. Martín Ignacio", entró en la fragata con autoridad oficial el 12 de julio de 1588. Iban con él, además de Unamuno, otros vascongados, como Joanes de Arrazeta, Joan de Aranguren, Joanes de Uranzu, Joan de Mendoza, y varios Franciscanos.

A través del Pacífico y del Atlántico: China, California, México, España.

No vamos a detenernos en narrar todos los descubrimientos y todas las interesantísimas peripecias de la expedición, que zarpó de la isla de Macarera, una legua al Sur de Macao, el 12 de julio, para arribar a Acapulco el 22 de noviembre de 1588. Pasando por las islas Babuyanans, al Norte de las Filipinas, trataron de hallar infructuosamente a la altura de treinta y un grados, las islas *Rica de Oro* y *Rica de Plata*. Llegaron a subir hasta la altura de treinta y nueve grados, para bajar otra vez, con algunas alternativas, a la de treinta y cinco, descubriendo al fin el 18 de octubre, un puerto al que llamaron de Sant Lucas por la festividad del día. "Y después de haber tomado los pareceres de la gente del navío y particularmente del Padre Fr. Martín Ignacio de Loyola, Comisario de la China —dice la relación de Unamuno—, y visto que todos eran de parecer de que se arribase a dicha bahía y en ella se viese lo que había, pues para ello venían", dirigióse la fragata hacia el punto indicado. Se trataba, al parecer, de las costas de la Alta California.

Surta la nave en este Puerto de Sant Lucas, "se pesó el sol y

se halló estar el dicho puerto en treinta y cinco grados y medio largos. Y, estando así surtos, a poco rato vimos en tierra, en una loma a la halda de un cerro, dos indios, de donde nos miraron a su gusto. Con la vista de estos indios, se hizo junta de la gente... Y, siendo todos de parecer que el Capitán con doce soldados y algunos indios [de las Filipinas] con sus espadas y rodelas saltasen en tierra y se viese la disposición de la tierra y se descubriese lo que alrededor del dicho puerto había, desembarqué en tierra con doce soldados —dice Unamuno— con sus cotas y arcabuces, *llevando por delante al Padre Fr. Martín Ignacio de Loyola con una cruz en sus manos...* Recorrida y explorada la tierra en diferentes direcciones, al volver a la fragata, subieron los expedicionarios a un cerro próximo al mar para tomar posesión del suelo "en forma debida de derecho, arbolando una cruz en señal de la fe de Cristo y de la posesión que del dicho puerto y tierra se tomaba en nombre de Su Majestad. Y cercados ramos de árboles que alrededor había y otras diligencias que se acostumbra hacer, nos embarcamos en la dicha fragata".

Los exploradores, divididos en dos partidas, prosiguieron sus recorridos los días siguientes, 19 y 20 de octubre, hallando a la vereda de un río "unas rancherías viejas de indios, en que había diez y siete ranchos grandes y chicos, a modo de carboneras de Vizcaya, y un gran hoyo en el suelo, de buena redondez y de fuera cubierto de ramas de árboles muy cubiertos; y según el grandor de los ranchos podían caber en cada uno más de doce personas. Parecían haberse hecho como mes y medio atrás". Hubo otros curiosos descubrimientos y algunas escaramuzas con los indios, que comenzaron a hostilizar a los españoles, resultando "heridos de muchos flechazos y varas tostadas --es una de las ocasiones-- Joan de Aranguren y Joan de Mendoza" y muertos Felipe de Contreras y un indio filipino que acompañaba a los españoles. Y en otra ocasión "acometieron [también los indios] a los nuestros, haciendo ademanes de quererlos matar, y tiraron muchas flechas sin que hicieran daño en los nuestros, *sin querer dejar tirar ningún arcabuzazo el Padre Fr. Martín [Ignacio de Loyola]* hasta que vieron la desvergüenza suya, que los arcabuzaron e hirieron alguno de ellos y los hicieron retirar a lo alto del cerro. Y a este tiempo eran horas de recogerse cada uno a su alojamiento. Los indios fueron a sus ranchos, los nuestros al navío".

Finalmente, tras haber encontrado "muchas conchas de perlas en mucha cantidad y muy grandes", reemprendióse la navegación con propósito de seguir explorando la costa y descubrir nuevos puertos, lo cual no pudo lograrse a satisfacción a causa principal-

mente de las espesas brumas que, con su "gran cerrazón" hacían muy peligroso el acercamiento a la tierra. Se decidió, por lo mismo, arribar cuanto antes al puerto de Acapulco, al cual llegaron el 22 de noviembre, consiguiendo burlar las asechanzas del corsario inglés que merodeaba por aquellos mares.

Fruto principal de la expedición fué el descubrimiento del Puerto de Sant Lucas, situado, según hemos dicho, en treinta y cinco grados y medio largos, según el cómputo del General Unamuno, el cual resume su recorrido en los siguientes términos: "Desde las islas de los Babuyanans que están en la altura de veinte grados y medio escasos, hasta el Puerto de Sant Lucas se caminaron 1.890 leguas, por diferentes rumbos, conforme los vientos daban lugar, aunque en derecha derrota habrá como 1.550... Y desde el dicho Puerto de Sant Lucas hasta el Cabo de Sant Lucas [en el extremo Sur de la Baja California], que está en veinte y tres grados escasos, hay 290 leguas... Y desde este Cabo de Sant Lucas hasta el puerto de Acapulco hay 260 leguas..." (13).

Fr. Martín Ignacio había participado en una hazaña de descubrimiento que quizá no se ha ponderado bastante. Aun en tiempos posteriores, a fines del siglo XVII, el italiano Gemelli Careri escribirá: "El viaje de las Filipinas a América es el más largo y el más temible del mundo, tanto por la inmensidad del Océano a

(13) Lorenzo Pérez, AIA, VII, 82¹, supone que se trata de la isla Hawai. Nosotros creemos que no se trata de ninguna isla sino de la costa de la Alta California. He aquí los datos que proporciona la relación de Unamuno para que los entendidos puedan identificar el *Puerto de Sant Lucas*, que dista 290 leguas, a lo largo de la costa, del *Cabo de San Lucas*, en la Baja California (no es esa la distancia que media de Hawai al Cabo de San Lucas): «Encontramos con dos islotes pequeños, pegados con la tierra firme, como media legua a la mar. Vimos una tierra a la parte del Sur con unos tres árboles de pino en lo más alto de él, que sirven de marca. Y a la parte del Norte vimos muchos humos, al pie del dicho cerro, en unos pinares cerca de la mar. Y a la dicha parte del Norte una punta echada, como Noroeste Sueste, y de parte de la punta demostraba una bahía grande, hacia la parte del Este, que demostraba haber puertos en ella. Y llegado a ella (a la bahía), se vido a la parte del Este un arenal de buen espacio, de anchura mediana». Y, después de otros detalles botánicos, alusivos a unas «yerbas largas y gruesas» con las «hojas y troncos grandes», que forman unas como «balsas grandes», termina: «Aquí, en este puerto, hay infinito pescado de diferentes géneros y árboles para navíos, y agua, y leña, y mucho marisco, donde se puede reparar de todo esto cuando alguno tenga necesidad». (AIA, VII, 92-93). Los copistas de la *Colección Navarrete* tienen razón al observar que se trata de California; según los grados señalados por Unamuno, se trataría de algún puerto al Sur de San Francisco.

Creo que hay que contar a Unamuno entre los descubridores de la Alta California, aunque los galeones de Manila no hayan utilizado en aquel tiempo el puerto por él descubierto. Pero este punto exige estudio más detenido.

cruzar, que es casi la mitad del globo terráqueo, como por sus vientos siempre de proa, como por las terribles tempestades que allí se forman y por las enfermedades que se sufren por permanecer seis o siete meses en la mar... Todo lo cual es capaz de destruir a un hombre de acero y más a uno de carne y hueso" (14). Fr. Martín Ignacio pisaba tierras de la Alta California ocho años antes de que Sebastián Vizcaíno arribara a la Baja California con Fr. Bernardino de Zamudio y otros cuatro Franciscanos, y casi dos siglos antes de que Fr. Junípero Serra y sus compañeros fundaran las primeras Misiones de la Alta California.

El Padre Loyola, sin detenerse en México más que el tiempo necesario para aguardar una nave, prosiguió su viaje a España a través del Atlántico; y en Madrid presentó al Consejo de Indias las cartas de que era portador, exponiendo simultáneamente de palabra sus puntos de vista sobre el asunto. Y, cumplidas estas diligencias, se retiró al Convento de Cadahalso, de la provincia de San José, donde esperó con ansia la resolución del Consejo sobre sus queridas Misiones de China.

Acababa de completar su segunda vuelta al mundo, partiendo de Madrid y de Lisboa en 1685 para arribar a Macao y Cantón en 1586 y para volver a España, por el Pacífico, por California y México, y a través del Atlántico, en 1588-1589.

En las Misiones sudamericanas

Mientras Fr. Martín Ignacio aguardaba en Cadahalso la solución de los problemas planteados por las Misiones de China, no dejó de influir sin duda en los miembros del Consejo de Indias; pero, viendo que "prevalían los informes de los Misioneros portugueses protegidos por el Consejo de Portugal" y perdida la esperanza de conseguir las providencias necesarias para volver a China, decidió trasladarse a las Misiones de América. Por una parte, estaba cansado de luchar contra aquellas intrigas que tanto repugnaban a

(14). Cit. por Lorente Rodríguez, *El Galeón de Manila*, en *Revista de Indias*, 1944, 111-112. Todo el artículo es muy digno de leerse. Allí se explica el origen de la leyenda de las Islas *Rica de Oro* y *Rica de Plata*, cuya existencia niega ya en su tiempo Unamuno, y se habla de las Islas del Armenio, mencionadas también por Unamuno. (Cfr. ib. 117-118 la carta de Fr. Andrés de Aguirre, de 1584-1585, al Virrey Don Pedro de Moya). Extraña la afirmación del autor de que en el viaje de México a Filipinas iban muchos Misioneros «principalmente dominicos y jesuitas» (113). ¿Dónde quedan otras Ordenes, particularmente los Agustinos, que tuvieron un papel tan preponderante en aquellas islas desde los Padres Urdaneta, Gamboa y Aguirre hasta nuestros días?

su espíritu noble y generoso; y, por otra, el ardor apostólico de su celo no permitía permanecer por más tiempo en España, en el Convento de Cadahalso, sabiendo la necesidad tan grande que había de Misioneros en América, según las noticias que constantemente llegaban a todos los conventos.

El infatigable navegante volvió a embarcar para América en 1594. Pero los documentos impresos apenas nos dicen nada de sus actividades en el nuevo campo de apostolado. A nosotros no nos sería difícil ilustrar el cuadro con las aventuras del vergarés Domingo Martínez de Irala y de su sobrino Esteban de Vergara, y con los éxitos misioneros de Fr. Gregorio de Bolívar o de Fr. Luis Bolaños, que evangelizó a los guaraníes desde 1575 y que en 1580 comenzó a reunirlos en pueblos o reducciones y que en 1593 llamó a los Jesuitas a compartir sus labores, entregándoles 15 reducciones por él formadas, base y fundamento de las posteriores reducciones jesuíticas del Paraguay... Preferimos, no obstante, limitarnos a las noticias consignadas por diferentes autores, sin divagar por historias adyacentes y sin tiempo, por ahora, para hacer nuevas investigaciones en los archivos de Sevilla o Roma, donde quizá se guardan no pocos secretos.

Sabemos que en el Consistorio de 19 de noviembre de 1601, siendo ponente el Cardenal Avila, fué presentado por el Rey de España para el Obispado de la Asunción, en el Paraguay (15). Sabemos que por esa época estaban en pleno desarrollo las Misiones del Paraguay gracias a las actividades de Fr. Luis Bolaños y de los Padres de la Compañía de Jesús; y que el Obispo Fr. Martín Ignacio celebró en la Asunción un Sínodo el 2 de noviembre de 1603, tratando, entre otras cosas, de la evangelización de los indios, de la doctrina y catecismo que se les debía enseñar y de la suficiencia de lengua que debían tener los curas para enseñar doctrina por sí mismos. Y deducimos del texto de estas constituciones sinodales que Fr. Luis Bolaños era el autor del primer catecismo guaraní, que entonces se utilizaba en las reducciones tanto de los Misioneros franciscanos como de los de la Compañía (16). Sabemos, pues, que Fr. Martín Ignacio fué un gran Obispo Misionero; pero esperamos todavía que algún investigador serio se decida a estudiar su gestión brillante en la sede de la Asunción y luego en la sede metropoli-

(15) AIA, II, 228; Torrubia, *Crónica*, parte 9; Hernáez, *Colección*, etcétera. Wingaert por error dice que fué «Episcopus Ascensionis». Debe leerse: *Asunción* (SF, II, 188).

(16) Véase Streit, *Biblioteca*, II, 378 y 371. «Aus den Letzteren Vorschriften —advierte Streit— geht hervor, dass Pater Luis Bolaños als erster einen Katechismus in Guarani verfasste».

tana de Las Charcas o Río de la Plata, a la que fué promovido en 1605.

Wingaert ha querido presentar recientemente una edición crítica de los escritos del Padre Loyola referente a China; y publica el *Itinerario* según la versión transmitida por Mendoza, y la carta que él escribe juntamente con el Agustino Padre Manrique; pero ni edita ni menciona siquiera otros escritos, que son, al parecer, pura e íntegramente debidos a su pluma a diferencia de los editados en *Sinica Franciscana*. En el *Índice de la Colección Navarrete* consta, en efecto, el siguiente título: "Discurso muy precioso del Obispo del Río de la Plata Fr. Martín Ignacio de Loyola, en que declara el remedio que se debería poner para el comercio de las Islas Filipinas y Nueva España, y que lo que el Consejo [de Indias] había hecho por lo respectivo al de Buenos Aires había sido grande acierto; y a continuación una carta del mismo Obispo al Presidente del Consejo" (17).

Se ve que el Arzobispo de Las Charcas, además de cuidar de los intereses de su grey, continuaba preocupándose de los problemas de sus antiguas Misiones, y que el ver las providencias que se tomaban con respecto a Buenos Aires le estimulaba a proponer remedios semejantes para México y Filipinas, de donde había que atender al apostolado de Japón y China. Y se ve también que todavía queda un campo amplio de estudio para los investigadores.

Fr. Martín Ignacio de Loyola murió en Buenos Aires el año 1612 (18). Fr. Luis Bolaños, que contaba a la sazón 72 años, siguió evangelizando a los indios guaraníes del Paraguay hasta los 80 años. Y también él, en 1620 se retiró a Buenos Aires, donde murió a los 89 años de edad el 11 de octubre de 1629.

Los restos mortales del Obispo de la Asunción y del creador de las reducciones del Paraguay descansan bajo la misma tierra.

(17) *Índice*, núm. 665. Cfr. Lejarza, *Misionaria Hispanica*, IV, 550.

(18) Hernández y Pérez señalan el 1605 como año de su muerte. Seguimos a Huerta, Platero, Streit, Wingaert, que prefieren el año 1612.

